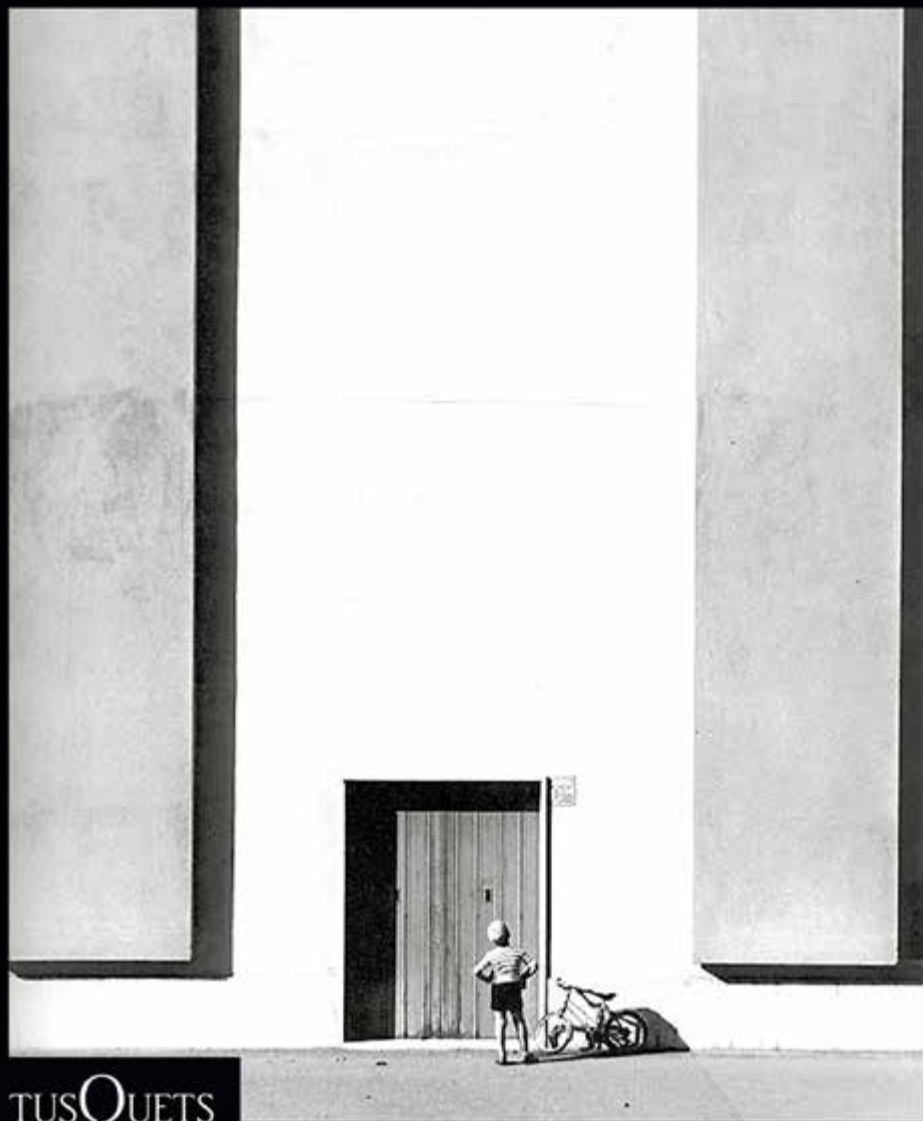


VASCO PRATOLINI
**CRÓNICA DE
MI FAMILIA**

colección rara avis



TUSQUETS
EDITORES

VASCO PRATOLINI
CRÓNICA DE MI FAMILIA

TUSQUETS
EDITORES

Prólogo

En 1944, mientras las tropas aliadas entraban en Roma y la gente festejaba en las calles la liberación, un muchacho autodidacta e integrante de la resistencia partisana llamado Vasco Pratolini daba la espalda al júbilo general, encerrado en un cuarto de pensión con las persianas bajas y algodones en los oídos, tipeando en una máquina de escribir prestada las páginas de este libro.

La leyenda dice que Pratolini tardó menos de un mes en escribir *Crónica de mi familia* pero le llevó más de dos años publicarlo. Se resistía a que el libro apareciera en una colección de narrativa: fue su amigo Elio Vittorini quien lo convenció, con el argumento de que a los libros de no ficción se los juzgaba exclusivamente por su valor testimonial; sólo si lo presentaba como novela se apreciaría cabalmente su valor literario. Pratolini aceptó, por fin, con la condición de que el libro llevara una advertencia al lector, breve y estremecedora. El consejo de Vittorini fue eficaz: *Crónica de mi familia* fue el libro que cambió la suerte de Pratolini y le dio fama y prestigio. Su brevedad, su potencia narrativa, su franqueza emocional, su exquisita escritura, cautivaron a lectores de todo tipo y pelaje en la Italia de posguerra.

Pratolini tuvo a partir de entonces una febril carrera literaria (entre sus novelas pueden mencionarse *Crónicas*

de pobres amantes, Las muchachas de Sanfrediano, Metello, Alegoría y escarnio) y fue también un excelente guionista de cine (escribió el guión de *Rocco y sus hermanos* para Luchino Visconti y el de *Paisá* para Roberto Rossellini). Tuvo una nominación al Oscar y dos veces estuvo a punto de ganar el Nobel en los años cincuenta. Pero entonces el Nouveau Roman y la Nouvelle Vague franceses destronaron al neorrealismo italiano del centro de la escena cultural europea. A mediados de los años sesenta, el rastro de Pratolini se pierde de golpe: sus últimos libros ni se tradujeron, en 1970 ya era un autor olvidado, las necrológicas que en 1991 anunciaron su muerte tenían todas en común el mismo estupor ante el hecho de que hubiese seguido vivo hasta entonces. Todas eran tibias y todas insistían en calificar de novela realista a *Crónica de mi familia*, a pesar de la expresa advertencia que colocó Pratolini al principio de su libro. Lo que debieron decir es que Pratolini escribió novelas realistas y escribió *Crónica de mi familia*, que es un libro único, inclasificable, inmortal, y por esas tres razones inicia esta colección.

Vasco Pratolini había nacido en 1913. Como cuenta en este libro, su padre partió a la guerra cuando él tenía un año y su madre murió cuando él tenía cinco, luego de darle un hermanito que fue a parar a otras manos porque la abuela era demasiado pobre para criar a los dos. El bebé fue a casa de ricos, en el campo; Vasco vivió primero con su abuela y luego solo en un inquilinato en el centro de Florencia. Aprendió a leer de las placas de mármol con frases del Dante que hay en las calles de la ciudad. Después hizo la nocturna. No le

dio para ir a la universidad: enfermó de tuberculosis, y lo mandaron dos años a un sanatorio de montaña. Cuando se curó y pudo volver a la ciudad se hizo periodista, bien de abajo, en la difícil Italia fascista de fines de los años treinta, y entonces su camino se volvió a cruzar con el de su hermano.

De eso trata *Crónica de mi familia*. No se puede contar una palabra más del libro sin arruinar su efecto. Déjenme decir solamente que en sus páginas no se menciona ni una sola vez la palabra Mussolini pero casi se puede tocar el fascismo en su atmósfera. Yo lo leí por primera vez a los dieciséis años, porque estaba en la biblioteca de mi casa, porque tenía pocas páginas y porque tenía letra grande. No me tentó ni medio el título, pero cuando llegué al final entendí estremecido qué abarcaban esas dos palabritas («mi familia») para el protagonista y narrador del libro. Desde entonces lo he leído al menos una vez cada diez años, y cada vez me parece más extraordinario y sabio. Les deseo la misma experiencia.

JUAN FORN

Primera parte

Cuando murió mamá tenías veinticinco días y ya estabas separado de ella, en la colina. Los campesinos que te cuidaban te daban leche de una vaca tobiana; yo la probé una vez que fuimos a verte con la abuela. Era una sustancia densa, tibia, un poco acre: me asqueó tanto que vomité y me manché la camisa: la abuela me dio una bofetada. A ti te gustaba aquella leche, la bebías con avidez, te hacía bien, evidentemente: eras un bebé hermoso, gordo, rubio, con grandes ojos celestes. «La viva imagen de la salud», decía la abuela a las vecinas de nuestro inquilinato, enjugándose los ojos eternamente humedecidos de lágrimas.

Casi todos los días subíamos a las colinas a verte. Salíamos de la ciudad por la Porta de San Giorgio. Era verano y yo quería detenerme a mirar a San Jorge y el dragón, esculpidos en bajorrelieve en lo alto del muro, pero la abuela me tiraba de la mano y salíamos de la ciudad. Los olivos parecían blancos bajo el sol; sus ramas emergían sobre los bajos muros que limitaban el camino. A lo lejos se podían apreciar los campos arados, perfectos, en ligero declive, el canto de las cigarras, las mariposas extraviadas en la luz. Nunca encontrábamos a nadie; rara vez nos llegaba alguna voz desde los campos. Los portones de las casas estaban siempre cerrados.

Yo pisaba fuerte con mis zapatos para que el eco fuese más sonoro. Entre los muros y el empedrado había de pronto zonas cubiertas de hierba donde crecían las amapolas. Las casas de los campesinos tenían las puertas pintadas de verde; venía de ellas un olor a leche y a establo.

En la casa donde te cuidaban el olor impregnaba las paredes. Tú bebías aquella leche en mamadera, hacías burbujas, te reías. Yo tenía cinco años y no podía quererte: todos decían que mamá había muerto por tu culpa.

Un día no te encontramos en casa de los campesinos. Te habían llevado a visitar a los señores de Villa Rossa que, atraídos por tu belleza, se habían interesado en tu suerte. Esperamos inútilmente tu retorno. La campesina dijo:

—Si se encariñaran con él sería su salvación, pobre criatura.

Ir a verte a Villa Rossa significaba prepararse para un rito. Antes de tocar la campanilla de la puerta de servicio, la abuela sacaba de su escote un pañuelo, lo humedecía con saliva, siempre encontraba alguna marca de suciedad en mi rostro, me sacudía el polvo de los zapatos, hacía que me sonara la nariz.

La puerta se abría como por encanto. Había un pequeño tramo de escalones que llevaba a la cocina. Allí comenzaba el gran silencio de la villa, un silencio más intenso que el del camino: se extinguía el cantar de las cigarras, el eco de los pasos, el zumbido de los moscardones. Instintivamente caminaba en puntas de pie al subir. La cocina estaba siempre ordenada, brillaban en las paredes los moldes de cobre para los pasteles. Sólo cambiaba el olor: en aquella cocina había un olor a manteca intenso, agradable. Lo único vivo era el tictac de un reloj de pared que, en lugar de romper el silencio, lo intensificaba.

Nos ubicábamos en unas sillas blancas en torno a la mesa cubierta de hule, levantándolas al sentarnos para no hacer ruido. Si yo apoyaba las manos sobre la mesa, la abuela me ordenaba compostura con la mirada. En el fondo de la cocina, una puerta daba a un pasillo: se veía un perchero con espejo del cual colgaba siempre

una chaqueta a rayas grises y blancas; en el suelo, una alfombra roja en forma de camino. En lo alto, una ventana rectangular dejaba entrever, a través de los visillos, los árboles del jardín. No traspasé ese umbral hasta que no aprendiste a caminar.

Permanecíamos sentados, inmóviles, en aquella cocina, a veces hasta un cuarto de hora, antes de que un rumor se anunciase por el pasillo. La abuela me ordenaba entonces con los ojos que me pusiera de pie, y también ella se levantaba. Algunos días ocurría que en la proximidad del umbral los pasos se detenían; oíamos un tintinear de cristales apenas perceptible y luego los pasos se alejaban. Yo preguntaba a la abuela:

—¿Quién habrá sido?

La abuela se llevaba el índice a los labios, ponía severidad en su mirada, de sus labios cerrados salía apenas un soplo:

—Shhh...

Al costado de la ventana colgaba una litografía que reproducía frutas y verduras; yo la miraba largamente para distraerme. O fijaba la vista en el reloj para sorprender la aguja del minuterio en el instante justo en que se movía.

Ocurría también que unos pasos más silenciosos se acercaban a nosotros dándonos apenas tiempo para que saltáramos de las sillas. En el umbral aparecía una mucama que sonreía al vernos, nos saludaba con la cabeza, iba hasta la heladera, la abría y cerraba (esto sucedía a mis espaldas); al salir saludaba como cuando había entrado. También nos decía, en voz baja:

—Viene enseguida. Siéntense.

Por fin llegabas en brazos de tu nueva nodriza, que llevaba una cofia en la cabeza, iba vestida de azul con un largo delantal blanco encima. Era una mujer robusta, de rostro cordial, la única persona de la casa cuyos cumplidos me agradaban. Tú parecías siempre calmo y pacífico; los ojazos celestes muy abiertos, los cabellos delgadísimo y cortos. Eras gordo, tu labio superior se montaba sobre el inferior; apretabas el dedo que la abuela te acercaba. La nodriza te bajaba hasta mi altura y tú me sonreías. Una vez que quise tocarte la mejilla te pusiste a llorar como si te hubiera pellizcado; aquel día nuestra visita fue más breve que de costumbre.

Normalmente nos quedábamos un cuarto de hora; la nodriza miraba el reloj; te veíamos siempre entre comidas (tus comidas, que eran sagradas). En determinado momento llegaba tu protector. Hablaba en tono amargo, con inflexiones paternas, incluso cuando se dirigía a la abuela. Las canas daban, sin embargo, algo de energía juvenil a su rostro seco, color marfil. Imponía respeto. A veces se presentaba también su esposa, que tenía la cara ancha, enmarcada por dos bandós de cabello completamente blanco y espeso. Respiraba con dificultad; se sentaba apenas llegaba. Era ella quien te había descubierto en la casa de los campesinos. Sonreía estirando los labios sin que le cambiara la expresión de la cara.

Yo volvía a mi silla; tú eras el centro de todo. La nodriza permanecía siempre de pie, acunándote en brazos mientras tú agitabas las manitas y a todos hacías sonreír y compadecerse por tu suerte, y la abuela agradecía y bendecía a tus protectores. Luego concluía el cuarto de hora y la nodriza nos saludaba en tu nombre:

—Despídete de la abuela, despídete de tu hermanito.
No podíamos besarte, por higiene.

Esto sucedía una vez por semana. Pero ocurría también que mientras la abuela y yo esperábamos en la cocina, venía la mucama a decirnos que todavía dormías y que apenas despertaras tendrías que comer y hacer luego el paseo por el jardín, donde no era posible acompañarte porque el Barón tenía visitas. Y nos despedían hasta la semana siguiente. Antes de partir nos daban una rebanada de pan con manteca y mermelada. Mermelada de naranja.